

Interpelaciones a la catequesis hoy desde el mundo de los jóvenes

LUIS ARGÜELLO

Las primeras páginas de los periódicos han vuelto a ocuparse de los jóvenes. Repasamos: «Los estudiantes contestan la política del Ministerio». «Generación límite, escépticos y sin futuro, muchos jóvenes buscan su identidad a través de la violencia». Además de las noticias habituales sobre el paro juvenil, drogodependencia, etc., de páginas interiores.

Existen además otros problemas que sólo aparecen en suplementos especializados como el fracaso escolar, el desinterés por la política, las ideologías y las instituciones, el fenómeno de las sectas, los grupos musicales, etc. También se incluyen dentro del fenómeno juvenil el ecologismo, el pacifismo, el voluntariado.

Una vez más el joven es víctima-exponente de lo que ocurre en el cuerpo social. La crisis ha acampado en el corazón. Individualismo, desconfianza y desesperanza han sido sembradas a conciencia por el neocapitalismo, impulsor de la faústica sociedad del bienestar que prefiere consumidores a personas, propugna una «revolución de cintura para abajo» y parcializa los mejores alientos de cambio en movimientos sociales, culturales y políticos «especializados», para impedir que una visión integral de los temas denuncie la gran mentira: el bienestar de la sociedad occidental está construido sobre la explotación de los más pobres. Y, más aún, el bienestar se hace a costa del mejor-ser: la relación medios fines está trastocada hasta tal punto que las personas,

únicos «fines» posibles, están al servicio de los medios: dinero, cosas, índices macroeconómicos, etc.

Los cambios rápidos que vive nuestra sociedad y una masiva carga informativa no asimilada, provocan desorientación y serias dificultades para el compromiso.

La predominante mentalidad científico-técnica aboca al joven a una cierta valoración de lo técnico desligada de la ética.

Los modelos sociales imperantes le empujan hacia unas posturas consumistas, superficiales y de búsqueda de situaciones acomodaticias y opulentas.

La dependencia económica, a causa del paro y de la crisis económica, retrasa el enfrentamiento con la vida, le privan de una alternativa de elección, con sus consecuencias de desilusión y falta de identidad (no se sienten ni obreros ni estudiantes), sienten miedo ante el futuro, entregándose con gran fuerza al presente del que quieren sacar el máximo jugo posible.

La incomunicación e individualismo que produce nuestra sociedad no facilita a los jóvenes el encontrar un clima en el que desarrollar el compartir, el diálogo y la comunicación.

En estas circunstancias qué de extraño tiene que muchos jóvenes hayan renunciado a crecer y hayan optado por vivir a tope el presente en experiencias de huida y vértigo tratando de extraer del presente algo que no tiene.

O, que otro haya decidido participar en una carrera desenfrenada por el puesto de trabajo escaso, aún a costa de imponer la selvática ley del más fuerte.

Cómo ignorar que estos comportamientos vienen propiciados por la misma estrategia del consumo, que necesita fomentar vértigo y vacío, que exijan más y más cosas y arrancan del corazón humano el espíritu crítico y creativo suficiente para alentar en esta crisis un proyecto nuevo más a la medida de sus anhelos más íntimos.

La sociedad neopagana no se enfrenta de manera frontal a la religión, sino que la invita a refugiarse en formas privadas o a ser adorno del folklore tradicional en las manifestaciones públicas. Cualquier otro intento de relevancia pública de la fe va a venir estigmatizado, a través de la gran maquinaria de la manipulación como «reaccionario y contrario al progreso y a la emancipación del hombre». ¿Como ha de situarse en medio de este torbellino la acción evangelizadora de la Iglesia?

La acción de la Iglesia ha de ser en esta hora fundamentalmente *misionera*. El Vaticano II nos invita a una vuelta a las fuentes. Juan Pablo II decía a los Obispos europeos que la evangelización de Europa nos pide volver a una situación «toute première».

1. Desde aquí surge ya la primera interpelación a la catequesis: ¿qué sentido tiene una cataquesis, segundo momento de la evangelización, si no hay una incipiente conversión previa, fruto de la acción misionera?

Entre nosotros, los destinatarios de la misión no son tanto personas que no han oído hablar nunca del mensaje, sino los alejados o aquéllos que, bautizados, aún no se han convertido. No podemos olvidar que en nuestras comunidades el proceso lógico de la acción evangelizadora de la iglesia: Anuncio-Conversión-Catequesis-Confesión de Fe-Sacramentos, queda invertido en la práctica. Así se produce una «sacramentalización» muchas veces sin conversión anterior.

Pero como quiera que la sacramentalización precisa de catequesis, por ocasional que ésta sea, se convierte en plataforma privilegiada para la misión, si bien esta será segunda misión o «segunda evangelización» como dijo el Cardenal Gatin en el acto inaugural del Congreso de Evangelización.

«¿No están necesitando la mayoría de nuestros cristianos, el anuncio misionero del evangelio, antes que una catequesis propiamente dicha?» Los Obispos españoles en el n° 48 de *Catequesis de la Comunidad*, dan una respuesta afirmativa en un ejercicio de discernimiento que parte de la realidad española y de los documentos de la Iglesia: «muchos bautizados están totalmente al margen del mismo y no lo viven. (EN 56)» La catequesis debe a menudo preocuparse no sólo de alimentar y enseñar la fe, sino de suscitarla» (CT19).

Así pues, nuestra acción con jóvenes no puede dar por supuesta la conversión, sino que ha de ser una presencia fundamentalmente misionera, que reúna las siguientes claves:

— Anuncio explícito del Evangelio

Sin imposiciones ni complejos. Anuncio-invitación, que pude ser rechazado para que así aparezca en plenitud la dimensión gratuita del mismo. El joven no soporta que se le trate de meter «entre col y col, lechuga». Quiere saber «de qué vamos».

Por otra parte, tantos grupos autodenominados cristianos, no son más que de entretenimiento, ya de «temas humanos», esperando llegar algún día a «lo cristiano», en una distinción entre un cosa y otra que

no se sabe muy bien a qué responde, ya de «actividades» que lejos de llevar a la Acción distraen, tranquilizan conciencias y hacen el juego a la sociedad que todo lo consume.

— *Testimonio de los valores del Reino*

Hemos visto anteriormente como los jóvenes deambulan desorientados y abatidos «como ovejas sin pastor». Necesitan maestros, testigos, comunidades de referencia. Profetas que en medio del desencanto generalizado y la negación del futuro anuncien con su vida que es posible en futuro distinto.

Si todos estamos de acuerdo en que sólo evangelizan los testigos, ¿por qué mantenemos catequesis animadas por personas de indudable buena voluntad, pero necesitadas tanto como los propios jóvenes de un proceso de conversión y de un catecumenado?

¿Cómo es posible que la mayoría de los catequistas no formen grupo fraterno que sea «comunidad convocante» para los que se inician en el camino del seguimiento?

Los jóvenes, testigos han de ser evangelizadores de los propios jóvenes.

— *Acción liberadora de los cristianos.*

Muchos jóvenes se encuentran atrapados en las garras de la sociedad del vértigo consumista. Si están sordos, ciegos, paralíticos, cómo van a entender el anuncio. Si sufren del paro, el hambre, la injusticia, cómo van a creer la Buena Noticia.

Los jóvenes exigen coherencia y que los valores del Reino tengan visibilidad histórica.

Interpela esta exigencia de la evangelización a muchos de nuestros grupos que hacen el juego a la necesidad de evasión y huida del presente que muchos jóvenes buscan.

Estas tres dimensiones de la evangelización se necesitan y complementan una a otras.

Una vez la conversión ha sido suscitada y se produce una inicial adhesión a Jesús, es necesario profundizar en lo que eso significa a través de un catecumenado que supone un proceso, un programa, un ritmo para conseguir una verdadera iniciación a la fe en todas sus dimensiones; una catequesis misionera es catecumenal, no es clase de Religión ni un deambular por experiencias y temas sin orden ni concierto.

La resistencia a crecer que tienen muchos jóvenes, hoy, eternos adolescentes, hace que a veces ofrezcan dificultades a las programaciones.

Pero el catecúmeno tiene que experimentar que da pasos en el seguimiento ; que sus pasos son reconocidos y acompañados por la Comunidad.

Los jóvenes valoran el grupo, pero también necesitan y quieren, aunque no lo pidan e incluso parezcan rehuirlo, un acompañamiento personal.

Una convocatoria misionera al seguimiento de Jesús es siempre una llamada personal que precisa hacerse y acompañarse personalmente también.

La iniciación cristiana es integral a la vida de fe como seguimiento, a la oración y celebración, a la vida común y al compromiso. Por eso el grupo no puede reducirse a grupo de oración o de amigos o a grupo de trabajo.

2. Si las interpelaciones que hemos planteado hasta ahora a la catequesis tenían su núcleo en la necesaria conversión previa, las que presentamos a continuación surgen del momento posterior a la misma: la identificación vocacional eclesial en la que ha de concluir el proceso de iniciación cristiana.

La dimensión vocacional nos recuerda que el catecumenado es una etapa transitoria que ha de conducir a alguna parte: la participación en la Eucaristía de la Comunidad adulta y la militancia cristiana en la transformación de la realidad.

Estas características de una catequesis vocacional encuentran muchas resistencias en un mundo juvenil que se resiste al crecimiento y a la asunción de responsabilidades, alérgico al mundo institucional de los adultos y casi convencido de que «no se puede hacer nada para cambiar las cosas».

Salir al paso de estas dificultades de los jóvenes es, quizá, el mejor servicio que se les puede prestar, lo cual tiene para los catequistas algunas exigencias.

Han de recordar las características de crecimiento de todo el proceso. Para ello el catequista debe recordar los objetivos del mismo, marcar la etapas y ayudar al discernimiento personal y comunitario.

Dejar crecer: Todos sabemos que la sobreprotección congela la adolescencia. El catequista debe de suscitar la corresponsabilidad en la marcha del grupo catecumenal y no suplir acciones y comportamientos propios de los jóvenes. El miedo al vacío y al fracaso provocan mucho dirigismo que, a la larga, esteriliza al grupo.

Deben de servir de enlace con la Iglesia. El grupo no debe ser «el grupo de fulanito». El catequista ha de ser una persona totalmente integrada en la vida de la Iglesia a la que invita a pertenecer de manera plena a los catecúmenos.

La «identificación vocacional eclesial» pide:

Integrar fe y vida: para que no haya «actividades cristianas» que se hacen en lugares tiempos determinados, desligados del caminar cotidiano.

Poco a poco el joven tiene que ir descubriendo que «ser-cristiano» es un sustantivo y no un adjetivo que cuelga de su vida.

La sociedad actual favorece la especialización y la unidimensionalidad, de tal forma que la separación entre lo privado y lo público, lo secular y lo religioso, lo individual y lo colectivo, tiende a ser acentuada al máximo.

La vida de fe, como visión integradora, navega, también en esto, contra corriente. De ahí que nuestras catequesis tiendan a «escaparse», a pactar con las reglas de juego de una sociedad que quiere hacer de la religión algo privado y estético sin relevancia social alguna.

El objetivo de integrar fe y vida hace que el proyecto de grupo se apoye siempre en la Palabra de Dios y en la Realidad. La metodología más adecuada es el análisis de la realidad y la revisión de vida.

Descubrir la eclesialidad de la fe

El mundo de hoy tiende al individualismo, sin embargo, todos, especialmente adolescentes y jóvenes, necesitamos sentirnos acompañados y formando parte de algo. Las «tribus urbanas» y las «capillas» son las respuesta posmoderna de la ciudad y la religión a esa dos constataciones actuales de la tensión permanente individuo-sociedad.

Abundan grupos de todo tipo pero el individualismo no disminuye.

En la Iglesia el nuevo Pentecostés del Vaticano II ha prendido en multitud de pequeños grupos, verdadero regalo de Dios para recrear la Iglesia. Pero para que esto sea así, es necesario que cada grupo descubra la Iglesia Local como lugar donde acontece la plenitud de la Iglesia del Señor.

Entre los jóvenes hay mucho recelo hacia lo institucional, muchas dificultades para aceptar las tensiones y contradicciones de la vida social. Por eso prefiere lo puro e incontaminado, con el riesgo grande de llegar al sectarismo y la intolerancia.

El catecumenado es un camino hacia la plenitud de la Iglesia. Pero ¿qué condiciones acompañan y acogen al catecumenado? El choque que se produce en el joven, que en la catequesis no ha dejado de escuchar: «Iglesia comunidad de comunidad de comunidades», «Eucaristía, celebración festiva», «compartir y servicio a los pobres» como señas de identidad, es muy grande. Muchos no lo resisten, abandonan al poco tiempo o se refugian en grupos juveniles eternamente adolescentes.

Por eso en la catequesis es muy importante suscitar pasión por la Iglesia. Nuestras programaciones han de contemplar los contactos con otros grupos eclesiales, jóvenes y adultos.

Las actividades exclusivamente juveniles; v. gr.: «eucaristías juveniles», «pascua joven», tienen sentido pedagógico y alcanzan sus objetivos cuando los jóvenes las abandonan para incorporarse a la comunidad adulta.

Una Iglesia paralela por muy perfecta y radical que sea no parece la Comunidad que alentó Jesús.

Vivir la fe como vocación

Los jóvenes están desencantados y son realistas. Entregados al presente y negándose a crecer, ponen en entredicho su propia condición abierta al crecimiento y a la esperanza.

La fe en el corazón de la vida sitúa al joven cristiano con instrumento esperanzado del Reino de Dios a través del amor que actúa en todos los órdenes de la vida.

El grupo catecumenal no se puede convertir en lugar de entretenimiento, dando vueltas en círculo e inventando temas y actividades para mantener el tinglado.

Es preciso presentar al joven que quiere seguir a Jesús formas de hacerlo en medio de la Iglesia y del mundo.

El matrimonio cristiano como vocación, signo del amor, para hacer posible una familia abierta y solidaria que sea, alternativa a la familia burguesa cerrada y consumista.

La militancia laical en los ambientes. ¿Cómo es posible que haya miles de jóvenes en grupos y su presencia en el mundo estudiantil y en la calle sea tan mínima? ¿No estaremos cayendo en una especie de neo-clericalismo que mantiene a los jóvenes cristianos entre los muros eclesiales, realizando actividades diversas hacia dentro, temerosos de salir a la intemperie para ser misioneros y agentes de transformación?

La palabra militancia suena mal en los oídos del «cristianismo light» que prefiere una religiosidad que no cuestiona la forma de vivir dominante y que, a lo sumo, habla de «voluntariado a tiempo parcial», forma moderna de beneficencia. El neocapitalismo necesita bálsamos que calmen las heridas que el mismo abre.

Los ministerios eclesiales que nos hablan de la corresponsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios en la vida de la Iglesia asumiendo cada cual el ministerio a que se ha convocado.

Las actividades que tanto reclaman los jóvenes, necesitados de hacer algo, no pueden nunca ser evasivas. Como iniciación pedagógica al compromiso han de servir de instrumento para analizar la realidad y descubrir la ACCION que abarque toda la existencia.

Hoy la catequesis de jóvenes constituyen un reto apasionante en medio de una sociedad neopagana que asiste perpleja a un cambio cultural impresionante.

La catequesis al servicio de la evangelización no puede mantener, sin más, moldes y esquemas propios de épocas más estables. Tampoco puede rendirse a la seducción posmoderna. Hoy más que nunca precisa de testigos que estén dispuestos a recrear la vida apostólica y anuncien la Buena Noticia: Es posible crecer. El futuro existe y la vida tiene sentido: es posible ser joven.